

“LA PROBLEMÁTICA DE LA REALIDAD Y LA FANTASÍA EN LA PRÁCTICA ANALÍTICA ACTUAL”

Dr. Norberto C. Marucco

La escucha analítica y un psiquismo abierto

En primer lugar quiero decirles que agradezco la invitación de APdeBA a participar de este espacio. Quiero también señalar que me ubicaré específicamente en el ámbito de mi práctica analítica para intentar responder a la propuesta referida a la problemática de la realidad y la fantasía en el psicoanálisis actual. En este sentido, me interesa apuntar en primer término que, si algo definió al psicoanálisis del siglo pasado, fue sin duda un cierto eje sobre la representación. Esto implicaba una escucha dirigida fundamentalmente hacia las manifestaciones del inconciente reprimido, sexual y significativo cuyas expresiones psicopatológicas configurarían las denominadas “neurosis clásicas”. Intensamente interrogada por la teoría psicoanalítica, es quizás en esta área de funcionamiento psíquico, la del develamiento del deseo y de su expresión en los significantes, donde se hayan logrado los mejores resultados. Pero este mismo hecho tuvo la contrapartida de condicionar cierto solipsismo en un análisis muy encerrado en el mundo representacional; y un accionar del analista centrado en su develamiento. Representaciones que aparecían en el campo analítico a través del material ofrecido por el sueño, por las asociaciones libres, por los síntomas, por la transferencia.

La práctica analítica actual fue ampliando la comprensión psicoanalítica de estados psicopatológicos que van más allá de las neurosis clásicas, ubicándonos en un campo “más allá de lo representable”, en el que a mi modo de ver se inscribe el psicoanálisis contemporáneo. Esta manera de concebir los fenómenos clínicos implica el desarrollo de una escucha e intervención analítica diferentes. En otras palabras: una teoría del significativo que abarca un más allá del significativo lingüístico (por ejemplo esto abre el camino a mencionar la idea del signo de Pierce (1978) que retoma Green para introducir el concepto de “procesos terciarios”). La inclusión del significativo no lingüístico implica para el psicoanálisis una posibilidad de salida de la univocidad de la ecuación simbólica y el ingreso a la conflictiva creatividad de la terceridad.

Cuando el campo analítico se aventura en la zona de lo no representable (y

quizás de lo irrepresentable) es necesario retomar la “escucha” de la repetición: emergencia en la clínica, entonces, del concepto de compulsión a la repetición. Cuando Freud (1920) describió en “Más allá...” la repetición del sufrimiento, la repetición del trauma, lo que lo asombró en realidad es ese intento, no siempre logrado, que hace la repetición del trauma para ligarse, y poder así entrar en la serie del placer-displacer. Parecería en este sentido que el primer principio para Freud habría sido la ligadura. Sin ligazón previa no hay repetición sino desorganización y fragmentación. Entonces hoy ubicaríamos a la compulsión de repetición en un paso previo al placer, pero conteniendo en su núcleo **una búsqueda incesante de ligadura**. Quizás en este sentido hemos de entender a la repetición también como una posible demanda de un proceso de objetualización bloqueado. En la clínica estas búsquedas (de ligadura y objetualización) involucrarán decididamente al analista con su paciente en un trabajo desplegado en la singularidad del campo analítico, incluyendo una concepción de la temporalidad mucho más compleja. Cuando un individuo atrapado en la compulsión a la repetición no accede a la posibilidad de ligadura, su tiempo es “asesinado”, como dice Green (2000). En este “asesinato del tiempo” creo que está comprometido el psicoanálisis de hoy. Cada uno de nosotros intentará posibilidades de salida de ese tiempo muerto, coagulado, en que permanece tanto el neurótico como el que está “más allá” de la neurosis, y aún el mismo analista.

Si aceptáramos que previo al principio del placer, o al nirvana, existe algo que podríamos llamar “principio de ligadura”, esto nos abriría una mejor comprensión de conceptos como el de la identificación primaria (que denominé “pasiva”) como previa a todo enlace libidinal de objeto. Es en este principio de ligadura que se enlaza la mente del analista con la posibilidad de darle a la pulsión la caracterización como fantasía. No me refiero al develamiento de fantasías reprimidas, sino a la neocración de fantasmas no nacidos. Dejo abierto este interrogante que plantea la práctica analítica actual en sus demandas de paliar el sufrimiento.

Realidad y fantasía en el psicoanálisis contemporáneo

Como muchas veces señalé (Marucco, 1985, 2002), creo que deberíamos considerar la posibilidad de incluir, en la estructuración del psiquismo, junto al yo, el ello, y el superyo (Freud, 1923) a la **realidad exterior** como una cuarta instancia psíquica.

Entiendo que la realidad que atravesamos hoy en nuestra vida cotidiana no sólo resignifica traumas anteriores, sino que es en sí misma generadora de patologías. ¿Cómo actúa esta realidad, que podemos denominar traumática? ¿Qué le exige al yo? Le exige una pérdida de catexis por una sobreinvestidura constante de ella misma. El yo, podríamos decir, está dedicado a protegerse del “aniquilamiento” de la realidad (Freud, 1919). No vive en ni con la realidad, sino que se protege de ella. En este esfuerzo pierde libido, y en últimas su deseo. Emerge entonces en escena un yo disminuido en su capacidad de amar y de trabajar (condiciones que Freud señaló como expresiones de salud psíquica); un yo que se defiende, por un lado, de la realidad exterior, y, desde su propia realidad psíquica, del maltrato del superyo (a causa de los ideales que la propia realidad traumática le impide cumplir). Un yo, en suma, que, atrapado por esa realidad, sobreinvistiéndola en el intento de controlarla, va desoyendo los reclamos de la pulsión de vida. Por esta vía no sólo se produce una disminución de la pulsión sexual, sino, más aún, se ve afectado el conjunto de la vida amorosa.

La consecuencia de esta “sordera libidinal” produce una liberación de la pulsión de muerte. Punto de máximo peligro en el psiquismo, generado en este caso por la acción de una realidad que aplasta a la fantasía y por ende al deseo mismo.

En este terreno aquel principio de ligadura que reclama un objeto, convoca al analista a abrirle paso al mundo representacional, no sólo a través de las construcciones, sino además estimulando la creación de lo que podríamos llamar el “tejido psíquico”, el fantasma, la fantasía (aquello que se genera en el espacio que va del proceso primario al secundario).

En cuanto a cómo intervenir en la relación del individuo con la realidad exterior, diré en primer lugar que creo que existen diferentes posibilidades de acción terapéutica. La primera alude a la relación entre el yo y el ello pulsional. En el campo terapéutico individual el analista tiene que estar atento a escuchar al ello (haciendo él mismo una desinvestidura momentánea de la realidad) para posibilitar que el paciente pueda ponerse

en contacto con sus pulsiones sexuales (de vida) y defenderse así de la acción destructiva de la pulsión de muerte, tanto en su faz violenta como en su acción de desligadura.

Otra acción terapéutica es permitirle al Yo defenderse de la desacreditación que el superyo, como representante de la realidad, genera. También resulta una intervención significativa la de posibilitar y estimular en el paciente la creación de lazos libidinales. Momento princeps para revalorizar la importancia de la transferencia.

Recuperada en el análisis la capacidad de escuchar el mundo libidinal adormecido, se abren para la pulsión las rutas ya conocidas: la satisfacción directa; la inhibición de su meta y los caminos sublimatorios. Es importante en este sentido la posibilidad que pueda ofrecer la cultura, a través de sus instituciones, de desarrollar actividades científicas, culturales, artísticas; esto es, dando espacio y cabida para las producciones sublimatorias del Yo; un yo que, más dueño de sus pulsiones, tenga más oportunidades de recuperar la autoestima y el sentimiento de sí afectados por las realidades traumáticas.

Realidad y práctica analítica

Entonces: ¿Qué escuchamos y cómo intervenimos en la realidad analítica actual? Inmersos como estamos en las experiencias de una sociedad postmoderna en crisis, la escucha analítica podría verse afectada por lo que definiría, parafraseando a Freud, como “la sombra de **la realidad** que ha caído sobre el yo”. Caída que, como señalé antes, habría producido un aplastamiento del mundo representacional, **el mundo de la fantasía**, por el peso brutal e ignominioso de nuestra realidad. Frente a esto el analista debería estar alerta frente a un peligro posible: el de la tentación de ubicarse en el lugar de “una madre suficientemente buena” que acompañe, que ayude, que conforte y que comprenda. Posición que a mi criterio podría llevar a equivocar el rumbo de la intervención del analista en el campo analítico.

Entonces, cuando la realidad aplasta al psiquismo hasta el punto en que es posible confundir, e incluso sustituir con ella, al mundo representacional (y ya no quedan enigmas, ni preguntas acerca del deseo, ni espacio para la fantasía) estaríamos en esa situación que Rousillon define como “patética”. Se hace necesario entonces pasar de “lo patético” a “lo trágico”; o sea, a aquella otra situación en que lo accidental como realidad cobra el valor de enigma, o, en otros términos, de fantasía. Es en este punto donde el

analista puede intervenir ayudando al paciente a problematizar la cuestión no sólo en torno a sí mismo y a lo que lo rodea, sino también discriminando entre aquello que pertenece a la realidad y aquello que entra en el campo de su pulsión, y por lo tanto de su responsabilidad subjetiva, personal. Es ahí, en ese "encuentro" entre la realidad traumática y la pulsión, donde reside la posibilidad de tejer un nuevo entramado psíquico, que, frente a la opción paranoide de interpretación del mundo abra paso a la fantasía (al estilo de las fantasías primordiales que permitieron una primera ensambladura del psiquismo). Porque siempre hubo realidades potencialmente traumáticas: situaciones dramáticas que podríamos precisar, describir, ubicar en el tiempo para hallar justificación objetiva a nuestros sufrimientos. Pero si algo particulariza nuestra realidad actual es un cierto sentimiento colectivo de ser arrastrados pasivamente hacia un destino trágico. Frente a esto no alcanza solamente con recordar el pasado para no volver a repetirlo. Tampoco con construir el hallazgo de un objeto-causa que remede aquél del antiguo y sempiterno trauma, una y mil veces condenado a buscar en la compulsión repetitiva ligadura y resignificación. Será necesario además ser capaces de crear algo nuevo, de desplegar, como dije, las potencialidades sublimatorias, y volver la mirada hacia el horizonte del deseo. Porque ¿qué otra cosa es el deseo imposible de satisfacerlo finalmente, sino una **utopía de la pulsión**? (A. Vertzner de Marucco, 2002). Si nuestra cultura ya había renunciado a las utopías, ahora parece estar a punto de renunciar también a toda posibilidad de acción pulsional sobre la realidad.

El psicoanálisis siempre ha rescatado el valor de las posibilidades humanas de transformación. Como dijo Green (1990): "El deseo –irrealista, imperioso y exigente- considera siempre posible una realización y no duda en movilizar los recursos del fantasma para la más improbable de las materializaciones". Él ha llamado a esto "lógica de la esperanza": esa "reserva de tiempo" que "con su potencialidad de cumplimiento, se formó de manera tal que, cuando las circunstancias no le permiten realizarse, preserva la posibilidad de hacerlo *"en otra parte y de otro modo"*.

En este sentido considero que la clínica caracteriza un recorrido de la compulsión de repetición desde un atrapamiento mortífero en una "lógica de lo traumático" (representada en la acción intrusiva y hostil del objeto y de la realidad), hasta el muchas veces difícil acceso a la "lógica del inconciente" expresada por un deseo capturado que

espera ser despertado, develado, en el campo analítico. La práctica analítica actual no sólo debería apuntar a la revelación de aquello que pasó y se olvidó, sino además a la posibilidad de creación de algo nuevo, que nunca estuvo en el campo de lo psíquico. No sólo se trata de hacer conciente aquello que permanece, como en un reservorio, en el dominio de lo inconciente, sino también de traer a la luz esa "lógica de lo traumático" que "insiste en repetir" (Green, op. Cit.) y además en buscar al objeto que existe dentro y fuera del sujeto (como objeto del fantasma inconciente, y como objeto del mundo exterior). De no ser así, aquello que arrasó lo psíquico haciendo anclaje en el cuerpo o en el acto, actuará en la vida como un destino incoercible, que puede llegar a atacar incluso a las mismas pulsiones de autoconservación.

Para finalizar: las últimas décadas han estado marcadas por el signo del cambio, afectando todos los sectores de la vida de los hombres. Se trata de cambios impuestos casi siempre desde los resortes del poder y los modos de organización de una sociedad que parece transformarse a una velocidad mayor de la que la mayoría de los individuos es capaz de comprender y mucho menos controlar. En los umbrales del nuevo milenio se llegó a decretar el "fin de la historia", y todos asistimos azorados a esas y otras afirmaciones de similar tono apocalíptico. De hecho, algunos acontecimientos de la realidad parecerían sostener su posible legitimidad. Es en este contexto que el psicoanálisis debe seguir pensando y trabajando; y afrontar, no sólo el esfuerzo y el compromiso que le imponen las dificultades de la clínica, sino además el de su necesaria participación en las situaciones de crisis social, interviniendo activamente en defensa de la pulsión de vida. Para ello el analista tendrá que acudir a la fuerza de su propio impulso creador; ese impulso que abreva en el placer obtenido en la fantasía, y que es tan necesario para que el hombre pueda ser más dueño de sí, y contribuir a forjar una cultura en la que el deseo mantenga su fuerza y su vigencia.

BIBLIOGRAFÍA

Baranger W., Baranger M., Mom J.

(1970) "Corrientes actuales en el pensamiento psicoanalítico", Revista de Psicoanálisis N° 4

Botella, César y Sara

(1997) "Más allá de la representación", Promolibro, Valencia

Freud, S.

(1919) "Lo ominoso", Amorrortu Editores XVII.

(1920) : "Más allá del principio de placer", A.E. XVIII

(1923) : "El yo y el ello", A.E. XIX

Green, A.

(1990): "De locuras privadas", Amorrortu ed.

[2000 (2001)]: "El tiempo fragmentado", Amorrortu ed.

Marucco, N.

(2002): "La estructura del psiquismo y la cultura", Revista de Psicoanálisis, Tomo LIX N° 2

(1998): "Cura analítica y transferencia. De la represión a la desmentida", Amorrortu editores.

(1985): "Acerca de Narciso y Edipo en la teoría y práctica psicoanalítica. Lectura desde la inclusión de la cultura", Revista de Psicoanálisis, Tomo XLII, N° 1

Pierce C.S.

(1978) *Ecrits sur le signe*. Paris, Seuil, 1978

Roussillon, R.

[1991 (1995)] "Paradojas y situaciones fronterizas del psicoanálisis", Amorrortu ed.

Vertzner de Marucco, A.

APDEBA - ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA DE BUENOS AIRES
SECRETARÍA CIENTÍFICA

(2002): Comunicación Personal